

En otro momento del arte hubiera divagado en las metáforas que adornan textos sobre muestras o instalaciones y performances. Aunque incurrí en visitar el cierre de la muestra de Marisa Rubio en Mite, en dicha galería había que sacar turno, y como una sala de espera, esperar a ser llamado para entrar en la muestra. Al entrar sobre la oscuridad unos dibujos miniatura conversan (flotan) mientras unas bailarinas acarician las formas más ingenuas, los pasillos de esta muestra, como recovecos que respiran en la penumbra de lo conceptual, hasta llegar a una sala alfombrada donde un barman con máscara prepara unos elixires color carmín y rosa, mientras unas gemelas nos introducen en la lingüística delirante de la historia del arte, de la pintura y toda la gama renacentista, entre esa conversación y gestualidad componen con los tragos de autor, continúa ese trance que solo una artista como Marisa Rubio se puede permitir, esa retórica y ese desapego de las reglas que regulan las muestras y galerías de arte.

Marisa Rubio se detiene en ese instante donde nos quedamos solos en la oscuridad del pensamiento como un placer inaudito, donde soñamos por un momento en ser felices en alguna ficción poética.